

Teresa Hamel (1)

Negro



PORQUE ahora eres sólo un recuerdo que me desmenuza el alma y en las noches recorro los campos esperando encontrarte en las hojas, en el rocío, en el viento y en la tristeza de las campanas: porque me estoy volviendo viejo y este recuerdo tuyo se va haciendo cada día más lejano: es por lo que te escribo.

(1) El cuento con que Teresa Hamel, se da a conocer a los lectores de «Atenea», forma parte de un volumen que la autora mantiene inédito y que publicará en breve.

En un estilo de sobria elegancia, de afinada pulcritud expresiva, Teresa Hamel, no obstante su juventud, se nos muestra como una escritora en pleno dominio de su instrumento literario al transmitirnos su mensaje de belleza y emoción. Una gracia envolvente y fascinadora son características salientes del temperamento artístico de Teresa Hamel y comunican a su obra un acento de fresco y original relieve. Un soplo de misterio se convierte en alada belleza y la levedad del ensueño en cruel realidad, cuando se aunan para darle a este cuento un raro y sugere-
nente atractivo.—N. de la D.

No sabes cómo te enraizaste en mí. Yo que fui tan indiferente: quiero contarte todo lo que me callé.

Recuerdo el día que te conocí. Hacía el mismo frío de ahora. Desde mi ventana miraba con impaciencia como iba cayendo la tarde. Me paseaba de un extremo a otro de la sala, dudando si asistir o no a la invitación de Jaime. Ya no me entretenían las reuniones sociales. Decidí quedarme y tomé un libro, sin poder concentrarme en la lectura. Estaba inquieto. Encendí la radio dispuesto a escuchar música: pero hacía demasiado frío para permanecer inmóvil. Finalmente, no pudiendo soportar mi desasosiego, me lancé a la calle. Caminé por el parque pensando en Jaime, añoré los tiempos del colegio y sentí el deseo de escuchar su voz. (Es curioso como se quedan grabadas las voces, los perfumes, los gestos de las gentes). Resolví ir.

Una vez frente a la puerta de tu casa tuve la intención de volverme: entré. Mi estado de ánimo se transformó. Felizmente estaba Flora a quien quería sinceramente. La atmósfera era cálida, la luz tenue y el perfume de las lilas, penetrante. Sabía que Jaime se había casado, pero no acertaba a intuir cuál de todas aquellas mujeres eras tú. Mientras conversaba, sorprendido fijé mi atención en una extraña fotografía: eran solamente dos ojos, dos ojos enormes, fuertes, sugestivos, que se adhirieron a mis pupilas. Me sentí incómodo por su poderosa expresión y levanté la vista para clavarla nuevamente en esos mismos ojos; pero ahora, eran reales, vivos, fascinantes: era como si todo el embrujo de la vida y el misterio de la muerte estuviesen bailando. Desconcertado traté de volverme; pero tú avanzando hacia mí me retuviste.

—Ud. es Miguel; ¿verdad?

Asentí.

—Jaime le quiere mucho. Espero que seremos muy buenos amigos.

Quedé entre sorprendido y halagado, mirando al alejarte la ondulación de tu cuerpo.

Más tarde Jaime me llevó a la terraza, dejándome allí. Permanecí en el frío de la noche. Me gusta el aire fresco, la obscuridad a través de las estrellas y las luces de la ciudad. Como sintiera bastante frío entré al jardín de invierno. Había ahí un calor húmedo, al fondo en un diván, agazapada entre los cojines, estaban los dos ojos del retrato, intrigado me aproximé. Brillaban como ascuas. Eran los de un gato siamés.

Volvía reunirme a los demás deseando constatar la semejanza de los ojos del gato con los tuyos; pero no estabas.

Al poco rato, apareciste en forma insospechada detrás de mí, llevabas el gato en tus brazos. Al mirarte extrañado, lo alzaste a la altura de tus ojos. Por un instante todo quedó a oscuras. Me sentí ciego y la soledad se hizo más profunda. Inconscientemente anhelé tu intimidad, cuando aquellos ojos fosforescentes, única luz en la obscuridad, se me acercaron y tú, palpitante me abrazaste. Te devolví el abrazo perturbado. Tu perfume me mareaba. Sentí el vértigo de perderme. Pronto, demasiado pronto, te desprendiste de mí.

A mi alrededor todos conversaban, la música seguía sonando. Por la escalera bajabas rápidamente, con un gran candelabro de bujías, cuyas llamas amenazaban apagarse. Tu vestido de gasa flotante te hacía irreal. Dudé si lo ocurrido no había sido más que una ilusión. En vano buscaba la complicidad de tu mirada: me ignoraste. Y cuando deseé despedirme no te encontré.

* * *

A la mañana siguiente, reprochándome haber actuado como un estúpido, me dije que debía mandarte un ramo de flores, ya que te ofrecías en forma ostensible. Sin embargo, la amistad que me unía a Jaime era un lazo tan fuerte que no me encontraba lo suficientemente envilecido para procurar tu interés.

Un día cualquiera, cuando este episodio lo tenía olvidado, me encontré con él. Me reprochó no haber vuelto por su casa e hizo cuanto pudo por comprometerme ir a almorzar. Rechacé sin convicción su gentileza. Era imposible: fuí. Sentía un inconfesado deseo de verte.

La primavera se había desbordado y el sol quemaba como en el verano. Era un día extraordinario, de un calor soporífero. Envuelta en un «sarong», semidesnuda, estabas en el jardín inmóvil como una flor de loto. No nos viste entrar. Me detuve un instante en el umbral a observarte. Te agitaste como una mariposa y al mirarme risueña colgaba de tus ojos una expresión de transparente pureza. Durante el almuerzo, silenciosa, sobria, como sumida en tu propia soledad, no participaste en nuestra charla. Yo me sentía defraudado por no ser motivo de tu atención. Jaime nos dejó solos. Recuerdo que me acomodé en una silla frente a ti sin saber de qué hablarte, pues tu silencio me desconcertaba. Como respondiendo a mis inquietos pensamientos, con esa voz baja y lejana, dijiste:

—No haga ningún esfuerzo por conversar conmigo. Todo lo mío lo sabrá pronto. Es cuestión de paciencia. En cuanto a todo lo suyo, ya lo sé.

—¡Conoce mi vida!—exclamé inquieto.

Por toda respuesta, te arrojaste a la piscina.

Nadabas en un estilo nuevo, haciendo círculos te sumergías para luego emerger. En un movimiento inesperado, te desprendiste del «sarong» y apareció tu belleza desnuda. Sin saber qué actitud tomar, estaba nervioso: en cualquier momento podría aparecer Jaime.

—¿Por qué haces estas cosas?—te reproché.

—Porque para mí es un placer y no me avergüenzo de mi cuerpo. No hay razón para ello.

—Alcánzame la toalla.

Me apresuré a pasártela, pero sin hacer ningún intento de cogerla, me abriste los brazos para que la sostuviera y la dejara caer sobre tu espalda. Estaba encendido de deseo. Irritado contra ti, avergonzado de mí mismo y ante nada molesto de que fueras la mujer de mi mejor amigo. Sin embargo, al cerrar la toalla sobre tus senos, me estremecí y estrechándote contra mi cuerpo, dejé caer una lluvia de besos. Turbado atravesé el «living» y me marché.

La inquietud me impidió concentrarme en mi trabajo. Por la noche busqué en los brazos de Flora el sedante que anhelaba.

Al día siguiente, me encontré liberado ya de tu magnetismo. Me sentí tranquilo y feliz, nada me atormentaba. A medianoche regresé a mi casa. En la obscuridad de mi pieza, sobre mi lecho, distinguí dos ojos. Era tu gata de Siam. Estaba extrañado de su presencia, pues no había nada que indicase por donde había entrado. Aborrecía los gatos por naturaleza, no podía sin embargo, sustraerme a su hechizo. Vino hasta mí en busca de cariño. Yo la miraba azorado, era como si toda la intranquilidad que tú me producías hubiese vuelto a mi espíritu con su presencia. A la luz hipno-

tizante de sus dos ojos fijos, me dormí. Al amanecer había desaparecido.

* * *

Esa tarde de vuelta de mi oficina, cuando abrí la puerta, encontré mi casa transformada. Mi frío clima de soltero, se había convertido en un hogar tibio, acogedor, salpicado de calor humano. Tú estabas en las flores, en el raro perfume que se quemaba en un rincón, en el humo azul. Todo parecía contenerte. (Mis sobrios muebles ingleses yacían sin vida, opacos en un rincón).

Por un instante contemplé la metamorfosis. En seguida, sediento, busqué tus ojos. Quería, por una vez siquiera, no sentirme sorprendido. Me precipité a mi alcoba imaginando encontrarte en una actitud provocadora.

Conservo nítida la impresión de ese momento. Creo que me demudé. Allí estabas, sentada con las manos juntas, tranquila, con una túnica de monja, y sobre tus ojos un pañuelo negro. Te mantenías inmóvil. Sonreíste ingenua, como lo hacen los adolescentes.

Yo no esperaba un encuentro semejante, en desacuerdo completo con lo que ya habías hecho. Era todo tan teatral que me sentía ridículo: Siempre el desconcierto, lo inesperado que trastorna y atrae al mismo tiempo.

Levantándote viniste hacia mí, diciéndome algo así: Aquí me tienes para siempre. Quiero permanecer contigo.

Me adelanté y te besé ávido; ¡en ese beso existían tantas cosas! Todas mis ilusiones de solterón, el agradecimiento de haber transformado mi casa, mis no-

ches de insomnio, la inquietud de mi espíritu y de mi carne; todo lo venías a colmar.

Tu proximidad me quemaba.

Retiré el pañuelo y aparecieron nuevamente tus hermosos ojos profundos. Es imposible explicarte todo lo que fuiste para mí en ese primer encuentro. Te esperaba, te deseaba tanto... No había hecho otra cosa sino pensar en ti. Te tenía y te amaba.

En un raptó de pasión, me mordiste. Comencé a sangrar y perdido en mi delirio te desgarré brutalmente el vestido. Todo en ti era fantástico. Incluso había en nuestro dormitorio una luz de luciérnagas.

Sólo ahora me detengo a pensar en la vida que compartimos y me parece extraña. Entonces, nada me llamaba la atención. ¿Qué hacías? ¿Pasabas el día escuchando música, jugando con tu gata, leyendo o meditando? Lo ignoro. No recuerdo haberte visto jamás a la luz del sol.

Por las noches salíamos a caminar. ¿Te acuerdas? Era una incansable marcha hacia el infinito, tejíamos tantos sueños... ¡cómo te gustaba conversar! Nos internábamos por los bosques. Una noche hiciste una gran fogata y como rachas de viento vinieran a atizarla, temí que fueras a producir un incendio. Entonces te hablé algo duro. Tú desafiándome a cruzar el fuego, te abalanzaste por entre las llamas. Me precipité a impedirlo, quemándome los brazos. A ti, en cambio, no te ocurrió nada. Cuando extrañado pregunté la razón, oí que me decías:

—Los espíritus no se queman, y yo soy sólo espíritu.

Otras veces íbamos a la playa. Generalmente, bailabas a la orilla del mar por las noches. Aun ahora

creo verte, flotando entre la bruma. Recitabas unas melopeas tristes y melancólicas.

—¿Qué miras tanto rato inmóvil?—exclamaba yo, celoso de no ser objeto único de tu interés.

—Miro la espuma y el fondo me atrae—me contabas perdiendo tu mirada en el horizonte.

En las noches calurosas, te desnudabas sumergiéndote bajo las olas. Yo te seguía. Caminando por el pasado han surgido a mi paso estos pequeños placeres que nos dieron tanta felicidad.

Una tarde de tormenta en que llegaba retrasado, me sorprendió la casa vacía. Te imaginé en la playa.

Llovía con tanta fuerza como si todas las furias del cielo se hubiesen desencadenado. Un viento de hielo arrastraba las ramas de los árboles. Estaba muy oscuro. Salí en tu búsqueda con una linterna. Te grité llamándote desesperado; pero en vano. Mi voz se perdía en el sollozo del mar. La violencia del viento y la lluvia, dificultaban mi marcha. Sentí entonces, cuán impotente es el hombre ante la inclemencia de la naturaleza y un frío cortante me paralizó el corazón. ¡El mar te había llevado! En un movimiento nervioso de locura volví la luz de la linterna en todos los sentidos, y te vi de pie, en lo alto de una roca. Trepé desgarrándome las manos y las piernas.

Algas marinas enquistadas envolvían tu cuerpo azotado por la lluvia y las olas. Caracoles caminaban por tu cabello lacio y mojado.

Me abracé a tus rodillas.

—¿Por qué corres peligro?—Y todos mis nervios estallaron.

—A mí nada me puede pasar—respondiste tranquila.

De regreso me preguntaba si estarías loca, sintien-

do un enconado rencor por tu petulancia. Era desesperante ese continuo desafío a la muerte, a la vida normal.

Una vez en casa desapareciste un rato para volver encantadora, envuelta en esa bata de terciopelo negro que hasta ahora conservo. De tu cuerpo emanaba un enervante perfume.

A pesar de todo tu hechizo, yo quería hablarte de tus extrañezas; pero vacilaba.

Tú, como siempre, te adelantaste a decírmelo.

—¿Estás molesto conmigo por lo de esta noche?

—¡Realmente! no entiendo cuál es el objeto que te guía a hacer locuras. Siempre pasas exponiéndote.

—Pero, sabes que nunca me pasará nada—insistías. Era demasiado.

—¿Por qué no te va a pasar nada? Eres el ser más pretencioso. Además siempre sabes lo que pienso y te adelantas a hablar de ello. Me desesperas. ¿Por qué te ríes?—te grité.

—No te fastidies si nada ha ocurrido.

—Pero puede ocurrirte. ¡Yo no quiero que salgas sin permiso mío!

Volviste a sonreír y adiviné que te burlabas de mi prohibición. Enfurecido te cogí de un brazo con violencia.

—Si no has de hacer lo que te pido, vete entonces. ¿Por qué estás conmigo?

—Porque sin mí no podrías vivir.

Sabía cuánta razón encerraban tus palabras, negándome a reconocerlo.

—¡Te lo demostraré!—Y diciendo esto me fuí al dormitorio de alojados a pasar la noche. Me envalentonaba en mi actitud, para evitar humillarme. Me sentía desgraciado. Nadie desea perder su libertad.

Tenías demasiada conciencia de lo que significabas para mí. Me ibas aislando de todas mis amistades. Hacía varios meses que no frecuentaba a mis amigos.

Esa mañana, había estado en el estudio de mi abogado. Un psiquiatra amigo suyo, llegó en ese instante. ¿Llamado por él? No lo sé. El abogado insinuó la necesidad de tener amigos médicos, manifestando extrañeza por mi cambio de vida. Consideré que era un atropello tanta intromisión y fríamente me despedí. Pero apenas hube salido de la oficina, sentí el cañonazo del mediodía, y al instante recordé que no te había telefoneado como siempre. Eché a correr sin pensar que posiblemente me estuvieran mirando. Crucé la calle corriendo y me detuve en un teléfono automático. Entonces vine a recapacitar y, tímidamente, arriesgué una mirada hacia la ventana del abogado. Tras los vidrios me acechaban sonriendo. Comprendí cuánto daño me podrían hacer en mi profesión y todo ello me tenía molesto.

Mi vida se centraba solamente en ti. Me impuse una serie de obligaciones que me tiranizaban, como llevarte todos los días rosas rojas. A veces escaseaban y tuve que recorrer varias cuadras hasta encontrarlas. Rebuscaba en las casas de antigüedades libros raros para regalarte. Siempre quise parecerte generoso: aunque a veces los medios me faltaban. Te había llevado unas entradas para un concierto; sin embargo, fué inútil que fueras. Sabiendo el interés que tenía yo en ir, me rogaste invitara a una amiga. Finalmente no fuí. Ya no iba a ninguna parte. Me dejaba arrastrar en esa vida, absorbido totalmente por ti. Pensé dejarte y me prometí hacerlo: pero entrando en la pieza, desde el umbral me dijiste:

—¿Por qué vivir atormentándonos? ¿Si eres fe-

liz, qué te importa el resto? Vive para ti. No para lo que otros crean.

—¡Tienes razón!—no pude dejar de exclamar y volví a perderme en tus brazos. Tú me dabas toda la felicidad.

Un día encontré a mi hermana. Varias veces había insistido en que fuera a visitarla: pero yo con la conciencia cargada de remordimiento me negaba a ir, suponiendo que ella procuraría entrar en el terreno de las confidencias. Ese día fué inevitable el encuentro. Me arrastró consigo a pesar de mis negativas por varias tiendas de lujo, en las que iba comprando un sin número de prendas, y finalmente me llevó a tomar té. Yo hacía comparaciones entre ustedes dos y extrañado descubrí su superficialidad. Jamás salías de compras. Ni nunca me pediste dinero. (Me reprochaba no haber pensado en ello antes y me prometí preocuparme de tus halagos). Mi hermana, nerviosa, me preguntó directamente sin poder contenerse por más tiempo.

—¿Qué te ocurre, Miguel?

—Nada ¿por qué?

—No—exclamó tristemente. A ti te ocurre algo. Estás muy cambiado. Hace cuatro meses que no te veo, antes éramos amigos. Flora me llama para saber de ti. Está muy enamorada y la pobre sufre mucho. Pero no es Flora quien me preocupa, sino tú.

Yo permanecía silencioso. Pensé en Flora con ternura y fastidio. ¿Por qué no me dejaban mi libertad? ¿Amar a quien yo quisiera y vivir como me diese la gana?

Silvia prosiguió:

—¿No comprendes que tu soledad te puede llevar a la locura? Es posible que estés tan neurasténico

que no quieras ver a tus mejores amigos: Jorge Sandoval y Jaime?

Cuando lo mencionó me sentí paralogizado: Es que Silvia ignoraba todo? No sabía que yo vivía con su mujer? Había hecho mención a mi absoluta soledad, lo que demostraba que nadie había traicionado mi secreto. Era una felicidad haber comprado esa casa cerca de la playa y vivir lejos de la familia.

Debo haber tenido una expresión alegre, pues Silvia sonriendo prosiguió más tranquila.

—No dudo que los verás. No vivas tan recluso. Mañana tengo una comida. Los he invitado. Te espero. Te hará bien, estoy segura.

—Mi pobre Silvia. No iré a tu comida. Siento mucho defraudarte: pero no te inquietes por mí. Soy el hombre más dichoso. Mi vida entera está colmada. No puedo explicarte. Seguramente no lo entenderás. Quédate tranquila. Estoy muy bien de salud...

Silvia, despechada en su fracaso, agregó herida:

—Me alegro saber que estés bien, pues me han contado que te ven corriendo como un poseído por las calles, exponiéndote a que te atropellen los automóviles. Que todas las tardes llevas un ramo de rosas, que no tienes amante, que te diriges solamente a tu casa, que has descuidado tus negocios y que esquivas a tus amigos. Que la otra noche, sin razón ninguna, te paseabas solo bajo la lluvia. Yo sé que no tengo ningún derecho para inmiscuirme en tu vida: pero me parece que vas al fracaso, y como eres mi hermano me preocupa.

Se lo agradecí interiormente, porque era evidente su buena intención, mas, manteniéndome frío, me marché. Realmente nadie, ni siquiera Silvia, podría comprenderme. Yo mismo me desconocía. Lo que más

me ataba a ti, era tu fuerza. Esa fuerza misteriosa, desmedida, que se posesionaba de todo mi ser: no tan sólo cuando estabas cerca, sino también en la oficina, en la calle, donde fuera. Eras mi eterna y constante compañera.

Esa misma mañana, antes de salir, echándome tus brazos al cuello, me habías dicho como alucinada:

—Hoy te encontrarás con una mujer, tocará el fondo de tu corazón hablándote de tu vida: pero yo triunfaré.

—¡Qué idea! no me encontraré con nadie—había protestado—en todo caso sabes que es a ti a quien quiero.

—¡Sí!—exclamaste entonces segura de tu poder—eres totalmente mío—y al decirlo temblabas sacudida por violentos escalofríos. Tuve que cogerte en brazos y llevarte al lecho. Tu cuerpo liviano adquirió de pronto, la pesadez de las piedras del río. Pensé que tendrías fiebre y alarmado te propuse enviarte un médico.

—¡Jamás!—me gritaste—no quiero a nadie en mi casa. Me iré el día que traigas a alguien.

No dejaba de reconocer cuanta razón tenía Silvia al reprochar mi aislamiento. Pero yo sabía cuán difícil era que tú transigieras en este aspecto. En realidad nunca fuí muy sociable: mas ahora añoraba a mis amigos. Eran increíbles mis esfuerzos para conversar con despreocupación cuando me encontraba con alguno de ellos. Todo el tiempo me decía: ¿para qué me pregunta tanto por mi salud, y lo que yo hago? ¿qué le importa? ¿qué puedo tener en común con él? Les contestaba con monosílabos, ausente y descortés. Cuando se alejaban ofendidos, casi corría en su búsqueda. Quería tomarlos por un brazo y decirles; «Te estimo mucho, no quise ofenderte, no me guardes

rencor. Me desespera mi soledad, a todos mis amigos los quiero y los necesito: pero no puedo estar con todos vosotros, es imposible compartir mi vida, porque significaría mi desdicha». Sin embargo, los dejaba marcharse tristemente sin decirles nada.

¿Acaso yo no podría como todos los seres de la tierra, vivir feliz con una mujer y mis amigos? Te lo propondría. El corazón se me llenó de esperanzas y me marché a buscarte, sin imaginarme encontrar resistencia.

Cuando llegué reposabas en una hamaca. Fuí a besarte; pero tú tenías el espíritu ausente. Tus pupilas dilatadas estaban fijas en el espacio y no me advertiste de inmediato. Después comenzaste a hablar:

—¿Qué te afirma que es esto la vida? ¿Cómo sabes tú que no estás soñando constantemente? Acaso conoces qué eras antes de nacer y de dónde vienes? ¿Cómo puedes saber que existes, ni que mueres, cuando se ha comprobado que el color no existe; que el verde no es verde; ni el azul, azul; sino que todo es consecuencia de los pigmentos de luz. ¿No seremos reflejos de fuerzas desconocidas, desprendidas de una estrella que vino a rodar? Para qué afanarse por las horas, las fechas y el dinero, los compromisos y las leyes. ¿Por qué no atenerse solamente a vivir? Estar alerta y despierto. Y vivir. Solamente vivir.

—¿Amas la vida, verdad?—te pregunté, pues esperaba que tu afirmación me sirviera de pretexto para hablarte de mis amigos.

—Sí, pero yo no soy la vida—me contestaste—tus amigos y tu hermana te impedirán vivir.

—¿Así es que ya sabes!—exclamé descorazonado—y te niegas!

—Tendrás que elegir entre ellos y yo.

Ante tan injustificado empecinamiento me fastidié.

—No tengo miedo a tus amenazas. Por lo demás, yo soy dueño de traer a quien desee y tú seguirás conmigo—me oí contestarte.

No sé por qué me enfurecí; pues no sentía ningún deseo de convidar a nadie; pero era seguramente una defensa a mi libertad, a mi pobre y relativa libertad...

Toda la noche dormí intranquilo. Soñé que estábamos en la playa. Había infinitas carpas: todas listadas de rojo y blanco. Era de noche pero existía el color. Una luna desteñía. Las olas al romperse y deslizarse sobre la arena no producían ruido: todo silencio y color. Pero color sin luz. De repente, sentí un grito. Eras tú que estabas degollada. Levantándote bruscamente de mi lado, corriste con una antorcha encendida. Tu cabeza tumbada hacia atrás se azotaba en forma macabra contra tu espalda. Ibas dejando sobre la arena grandes manchas de sangre que tenían la forma de las huellas de tus manos. Corrías por la orilla de la playa. De las carpas surgían hombres y más hombres desnudos, con flamíferas antorchas, que se te iban uniendo en loca carrera. Finalmente se formó una muchedumbre que gritaba: ¡Vivir! ¡Vivir! Se sumergían en el agua y me desperté angustiado. Dormías tranquila. Me costó reconciliar el sueño, pero apenas lo hice volviste a aparecer.

Era una mañana de sol esplendorosa, yo tenía veinte años, jugaba a la pelota en traje de baño a la orilla del mar con Jorge. Me sentía feliz. Nos zambullíamos bajo las olas. Apareció Flora con una toalla secándome cariñosa la cabeza. Yo la besaba dichoso. Los invité a mi casa. Aceptaban; pero he ahí que yo dejaba de tener veinte años y era el mismo hombre de ahora.

En el camino a la casa me entró una gran preocupación por saber cómo tomarías este asalto a tu aislamiento. Inquieto entré. Sentí un gran alivio, cuando no te hallé en parte alguna. Pero toda mi maravillosa alegría desapareció cuando se fueron mis amigos. Una gran angustia se apoderó de mi ser, transpiraba de desesperación, llamándote a gritos. Entonces me desperté feliz de que sólo fuera un sueño; me volví para contártelo: pero yacía abandonado en mi lecho. Levantándome llegué a la puerta de calle. Amanecía. Todo el jardín estaba sumido en la niebla cortante de la mañana, los cerros negros se recortaban en el verde pálido del cielo y las estrellas titilaban frías y lejanas. Tú estabas en medio de la niebla cogiendo lirios blancos. Presintiéndome, corriste con los brazos extendidos a mi encuentro. Sólo junto a ti me tranquilicé. Tú me acariciabas el cabello con ternura.

Celosa me preguntaste:

—¿Te gustaron los besos de Flora? ¿Eran mejores que éstos?

Y me besabas con vehemencia.

Nos amamos intensamente.

Cuando toda la tormenta pasó, con el cuerpo laxo, atesorando aún el jirón de cielo que dió Dios a la humanidad como el más grande de todos los dones y volví poco a poco a tomar conciencia, te supliqué me contaras qué me ocurriría.

—Tendrás una gran alegría—contestaste.

Inquirí más, pero te negaste, agregando solamente:

—Cometerás una injusticia, sin embargo.

—¡No!—protesté enfureciéndome contigo.

Esperando esos dos acontecimientos pasé preocupado todo el día. Por la mañana, en la oficina, estuve en acecho de la puerta. Cada vez que presentía que

alguien estaba junto a ella, concentraba toda mi atención en la perilla. Supuse que tanto la feliz sorpresa como mi injusticia, tendrían una relación directa con la entrada de alguna persona. Finalmente, no pudiendo soportar por más tiempo mi angustioso estado de espera, me levanté a abrirla. Así tendría más vista. No me sorprenderían. Quedé a la expectativa de todos los empleados que me miraban curiosos. Sentí el malestar que como consecuencia de esa presunta vigilancia se iba a derivar y colérico, cerré la puerta de golpe.

Pensé cuán absurdo era el dejarme sugestionar por una suposición y decidí dedicarme a atender mis asuntos. Comencé de mala gana a abrir la correspondencia. En ese instante, sentí que golpeaban la puerta: «Ahora es», me dije.

—¡Adelante!—exclamé y avanzó con gran fastidio mío, mi secretario.

Era un hombre apocado, servil; excelente empleado, jamás faltaba, metódico y minucioso. Yo le tenía lástima y al mismo tiempo rabia, pues me desagradaba su permanente estado de obsequiosidad. Pensé que forzosamente con él sería injusto, y para contrarrestar esa sospecha me interesé por su situación. Yo quería complacerlo. Mi secretario, sorprendido, afirmó que se encontraba muy conforme con su sueldo. Tan poca ambición me desconcertó: pero tal vez no fué la falta de ambición, fué seguramente el sentirme defraudado. Lo despaché.

Volví nuevamente sobre mi correspondencia y papeles y ya estaba toda mi atención concentrada en los negocios cuando nuevamente sentí golpes.

—¡Adelante!—volví a exclamar. Pero nadie entró.

—¡Adelante!—repetí. Pero persona alguna se perfilaba en la transparencia del cristal. Me incorporé y

avanzando hacia la puerta la abrí bruscamente. Con júbilo, arrastrándose entró mi gran compañero Negro, mi perro regalón desaparecido de la casa en forma misteriosa el día anterior a tu llegada. Por fin lo recuperaba. Lo cogí en brazos, lo acaricié con ternura: en ese instante me acordé lo que tú me habías predicho. Indudable que esa era la gran alegría. Ahora faltaba mi injusticia. Me llené de espanto.

Mi perro me devolvía al pasado, a toda mi vida tranquila de antes. ¡Es curioso! mi vida se divide en dos etapas: antes y después. Al principio me entristeció mucho la ausencia de Negro. Le echaba de menos: pero coincidió con tu llegada, me acostumbé a su vacío. Yo estaba feliz con tan insospechada sorpresa.

Negro meneaba la cola, me lamía las manos y se manifestó con mil demostraciones de cariño. Agradecido fijaba sus ojos en los míos y se echó a mis pies debajo del escritorio.

Nada anormal ocurrió en todo el resto del día. Me mantuve nervioso a pesar de todo. Repasaba las conversaciones que había mantenido con la gente, procurando descubrir el daño que hubiese podido cometer. Estuve como nunca de solícito. Incluso atendí a gente que muchas veces había hecho esperar y a quienes no tenía intención de recibir.

Quise tranquilizarme diciéndome que el regreso de Negro era una coincidencia. Tomé un taxi de vuelta a mi casa y al pasar por el parque, deseé revivir «antes». Descendimos e internándonos por el bosque, nos precipitamos en loca carrera. El puso sus manazas en mis hombros, me caí de espaldas y nos pusimos a jugar revolcándonos en el suelo. Sentí como se me agolpaba la sangre en las sienes y se me hinchaba el corazón de gozo. Era la sana alegría abandonada

que volvía hacia mí. Era sentir nueva la dicha. Vivir por vivir. Estaba agradecido hacia mi perro. Volvimos finalmente. Me obsesionó de nuevo la mala acción que me habías anunciado y me llené de inquietud. De una inquietud desconocida, que estaba fuera y dentro de mí al mismo tiempo: más allá de mi control y de mis fuerzas. Hice un esfuerzo enorme por serenarme; pero mis nervios relajados se negaron a ello. Permanecí a la espera, a la terrible espera de lo desconocido. Tenía deseos de terminar de una vez.

Entramos en la casa. Al instante se le erizaron los pelos a Negro, comenzando a gruñir. Yo lo acaricié para calmarlo.

En los altos estabas tú. El perro se precipitó corriendo escaleras arriba y atrapándote por el vestido rodaron por los peldaños.

Desesperado avancé a separarlos y a amortiguar la caída: lo llamé repetidas veces; inútil. Entonces corrí a mi escritorio y con el revólver le dí un balazo en la cabeza.

Tendida sobre el suelo con tu cabello largo en abanico, me mirabas asustada. A tu lado, en un charco de sangre, agonizaba Negro.

No me decías nada, te limitabas a mirarme con desaprobación. Recostándote sobre un sofá, te pregunté por tus heridas, porque el perro te había mordido brutalmente. Sin embargo, ningún indicio aparecía en tu cuerpo, sólo el vestido desgarrado delataba la violencia. Horrorizado con lo que había hecho, escondí largo rato la cabeza entre mis manos. Seguramente sollocé; pues adoraba a mi perro. El me daba un calor tan especial que ningún ser humano me ha proporcionado. Todavía no me explico por qué lo maté,

cuando pude haber recurrido a tantas maneras de separarlo.

Mi dolor fué agudo: pero corto. Sentí un hondo rencor contra ti. No pude contenerme por más tiempo y te reproché no habérmelo advertido. Después comprendí que estabas celosa.

Entonces fué cuando comencé a vivir en un estado de excitación permanente. Sentía miedo de vivir. Me dominaba el deseo de conocer mi destino y al mismo tiempo el temor. Tu presencia se transformó en una necesidad que me subyugaba martirizándome.

Un día, preso de espanto, tomé un tren y me fuí con el propósito de huir de tu lado para siempre. Llegó la noche y un estado de morbosidad tomó posesión de mi alma y me dejé arrastrar por él. Regresé en tren de carga; pero volvía feliz a pesar de tener conciencia que ahondaba en la destrucción de mí mismo.

¡Qué dicha la de esa noche! Qué rara y cuán hermosa fué. Jamás he sido tan extrañamente feliz.

Fué necesaria la sensación del encuentro después de haberte abandonado, para apreciar lo extraordinaria que eras.

Estabas hermosa como jamás te vi, esperándome. Al instante me propusiste salir.

Desde la playa se perfilaba en el horizonte la bahía. La ciudad iluminada parecía atraernos. Nunca habías accedido a visitarla conmigo; esa noche fuiste tú quien me invitó. Cruzamos en lancha. El bullicio de la ciudad despierta ascendía hasta nosotros.

Vagando por las calles intrincadas del puerto, entramos a los «cabarets», eran las venas por donde corría la sangre marinera de todos los mares del mundo. Como en una Babel, hablaban en diferentes idiomas. Tú me traducías sus conversaciones. Habíamos be-

bido bastante. Me sentía transportado. Por último salimos.

En la calle se inició una riña entre dos hombres fuertes y feroces. Ágiles y violentos detenían los golpes del adversario.

Uno moreno, fornido, tenía los brazos tatuados. El otro, nervioso y desnutrido, lo insultaba.

—No te detengas—me advertiste. Yo quería contemplar y nos quedamos.

Súbitamente en la mano ligera del flaco, el acero del cuchillo relampagueó y fué a hundirse en el pecho del moreno.

Los estertores de la agonía lo sacudieron y entre todos lo arrastramos a un callejón sucio. Yo me saqué mi chaqueta para colocarla bajo su cabeza. Desde cerca que pude verle sus facciones.

Cuando llegó el médico constató que estaba muerto.

Trepamos por los cerros. Eran unas callejuelas angostas, empinadas y curvas. Las casas construídas sobre pilares hacían equilibrios para mantenerse erguidas.

Llegamos después de mucho, a un laberinto de callejuelas. No pudimos seguir avanzando. Golpeamos a una puerta inmunda. Junto a un brasero, tomaba mate una vieja. Cruzamos el quartucho encontrándonos en un terreno eriazo. Había un puente viejo, suspendido a muchos metros por unos postes. Lo atravesamos. Al fondo, en el perfil del cerro, se alzaba una trágica construcción, como de fundición abandonada.

Ascendimos una inhóspita escala de hierro, llegando a una terraza alfombrada. Palmeras, flores y divanes le daban un lujo confortable. Una orquesta se oía a lo lejos, y el mar, que me parecía tan lejano, azotaba sus olas junto a la base de la construcción.

Aparecieron mozos colocando sobre las mesas grandes candelabros. Yo, maravillado, los miraba atentamente. De repente en uno de ellos, vi unos ojos impresionantes.

—¡Mira!—exclamé sorprendido, señalándolos.

—¡Sí!—me respondiste tranquila—el asesinado.

Yo te miré con espanto. Busqué mi vestón, allí estaba la sangre espesa, coagulada, manchando mi chaqueta.

Nos sirvieron una cena, champaña y perfumados cigarrillos. Después vinieron los espectáculos.

Un hombre espantoso sin piel, se retorció en forma macabra en un rincón. Yo pregunté quién era: Es la Farsa, me contestaron.

Desfilaron las mujeres más hermosas con espléndidas vestiduras. Cada una representaba una pantomima sobre los diferentes estados de la vida. Así fué, como desfiló la Dicha, la Desgracia, la Inercia, la Envidia, los Celos, la Pureza, etc.

Entonces pregunté por qué no desfilaba el Amor. Todos te miraron. Te levantaste, comenzando a bailar. Poco a poco quedamos solos.

La música seguía acelerando su ritmo hasta que caíste en mis brazos. Jamás fuiste tan totalmente mía. Fué la posesión más allá de la carne y del espíritu. Sentí algo eterno e inmortal.

* * *

A la tarde siguiente caminaba distraído, aun lleno de ti, cuando tropecé con un individuo. Balbuceé un «disculpe» inconsciente y ya proseguía mi camino, cuando remeciéndome por los hombros me llamó:

—¡Miguel!

Le miré y me vi frente a Jaime. La sorpresa fué enorme a pesar que muchas veces había pensado en un encuentro semejante. Siempre deseé su aplazamiento. De ahí nació el hecho que no frecuentara a mis amigos. Supuse que iba a recurrir a la violencia. En ese caso yo no me defendería, bastante daño era ya vivir con su mujer... Sin embargo, con gran sorpresa mía me abrazó cariñoso. Yo lo rechacé violentamente.

—¿Qué te pasa Miguel? ¿Qué tienes contra mí? Yo te estimo tanto, cómo es posible que me trates en esta forma?

Yo no sé qué balbuceé. Estaba desconcertado.

—Vente a tomar un café conmigo. Te hará bien.

Me disculpé torpemente. El me tenía asido por un brazo.

—¿Por qué no has venido a verme?—prosiguió—. Tú has sido el único después de mi desgracia, que no me ha visitado.

Yo continuaba avergonzado y confundido, sin saber qué contestar.

«¿Qué podía yo decirle?»

—¿Recuerdas la vez que fuiste a almorzar a mi casa? ¿Pensar que esa misma noche murió!

—¿Quién murió?—pregunté.

—Mi mujer, Miguel, murió repentinamente la noche que tú estuviste a almorzar.

—No, no puede ser—protesté convencido.

—Desgraciadamente es así—me contestó Jaime con voz opaca.

Sin tolerar por más tiempo todo este absurdo, me despedí con brusquedad y corrí hacia mi casa. Quería verte cuanto antes.

Sólo delante de ella vacilé, reponiéndome al instante. Abrí la puerta y el «living» que se me había

hecho familiar con sus sedas colgadas y sus lámparas, apareció frío y severo con sus antiguos muebles.

Desesperado me precipité a buscarte, llamándote por toda la casa. Recorrí el jardín, bajé a la playa y no te hallé. Ha sido inútil la búsqueda. He pasado cuántas noches angustiado buscándote: pero en vano.

Mucho tiempo te esperé sin salir. Hoy al amanecer ha vuelto tu gata de Siam, a quien no vi desde aquel día.

Han pasado los años, te he buscado por toda la tierra, porque yo sé que no he vivido con una muerta. Sólo ahora, perdida la esperanza de volverte a encontrar, te escribo estas líneas, cuando sólo me queda de ti este gato recostado sobre mis rodillas.